

Raíces en el equipaje

* REGINA VOGT BREHM



INTRODUCCION

Apoyada en apuntes de su abuelo materno Hermann Brehm, la autora ha logrado un libro que a decir de su presentador -el escritor chileno Miguel Arteché-, "es la historia de un hombre que decide llegar a tierras lejanas, descubrirlas, y luego amarlas, que es la mejor manera de descubrir".

"RAICES EN EL EQUIPAJE" es el resultado de un trabajo de investigación e interpretación, marcado por la vena poética de Regina Vogt. Para nosotros tendrá interés transportarnos mediante su lectura a espacios y tiempos por los cuales cruzó el tal Hermann Brehm siendo empleado de Patiño desde 1912 en las minas de Japo, Kami y Huanuni y, en la mina San José, hasta 1925.

EL DUENDE conoció "RAICES EN EL EQUIPAJE" en su presentación ocurrida el 28 de mayo en Santiago de Chile, en la Biblioteca de la Corporación Cultural de las Condes. El acto contó con la participación del escritor, periodista y diplomático Mariano Baptista Gumucio, Consul General de Bolivia en Chile.

A partir de hoy, EL DUENDE publicará, en entregas sucesivas, fragmentos del revelador libro, que serán imágenes de lo que en un pasado fueron la ciudad de Oruro y aquellos parajes recónditos del "metal del diablo".

LUIS URQUIETA MOLLEDA

FRAGMENTO I

El destino final era Bolivia y allí debía comenzar mi nueva existencia. Todo esto quería relatárselo a mis padres: cómo me había enamorado de las montañas llenas de secreto mineral, y cómo, durante toda mi vida, había luchado por arrancárselo.

Al llegar de regreso a lo que fue mi hogar por tantos años, quise celebrar el acontecimiento con champaña.

-¿Para qué vas a hacer ese gasto inútil?- comentó mi padre con su modo severo. -A nosotros ni siquiera nos gusta la champaña; pero si tú quieres beber tenemos guardado un buen vino.

CUENTANOS TU VIDA EN BOLIVIA

-Cuentanos de tu vida en Bolivia, querido Hermann. Mi madre escudriña mi rostro como queriendo adivinar en qué lejanías estoy vagando. Recorro con mis ojos la añorada cocina, que tantas veces evoqué durante mi ausencia. Todo sigue igual: el viejo reloj pintado a mano, los utensilios bien ordenados sobre el mesón, el fregadero que espera recibir el ejército de platos de esta familia numerosa. Intento comenzar con mi historia, pero siento que mis palabras chocan contra una barrera invisible. Ni siquiera puedo hilar una frase; no logro establecer ninguna relación entre los dos mundos. Ellos están con sus fantasmas: todavía los persiguen, el horror no se ha borrado de sus mentes. Yo quiero entenderlos, pero sé que lo que no se ha vivido, sólo puede sospecharse.

Mi hermano Heinrich es lo más difícil. Sus ojos de pronto se apartan como hundiéndose en una sombra que no puedo alcanzar; me hablan de miedo, de muerte, de vergüenza y de una tristeza enorme. Pero sobre todo me interrogan: ¿Dónde estabas cuando luchábamos por nuestro mundo? ¿Por qué tú no estabas? Esas preguntas me queman cada minuto de mi vida, no puedo escapar. El sabe que intenté todo por volver. Aquel día fatídico, que nunca se borrará de mi memoria, cuando supe el comienzo de la guerra, mi decisión fue inmediata:

-Viajaré para pelear por mi país.

Todos los alemanes allí en la mina boliviana, tuvimos el mismo pensamiento y nos reunimos en el club aquella noche. El ambiente era de euforia y optimismo. Había muchos que ya se veían empuñando las armas y venciendo al enemigo, nadie tenía dudas acerca de la gran victoria que íbamos a alcanzar. Como durante esos años en mi tiempo libre me había dedicado a la caza, sabía manejar con bastante precisión diversas armas. Me sentía ansioso de poder aprovechar las nuevas destrezas adquiridas. Así emprendí el camino de vuelta a la patria. Bajé de la mina hasta la pampa, donde me recibió un amigo:

-Inglaterra también entró en el conflicto; ahora sí estamos en problemas.

-¿Cómo se le ocurre pensar así! No sabe que Alemania es una potencia.

-Pero no puede contra la flota inglesa. Pronto verá que va a ser muy difícil. ¿Por qué quiere viajar y abandonar su empleo tan conveniente? Ya no podrá llegar.

-Es posible, pero lo intentaré de todos modos. Me han dicho que la única posibilidad es a través de Norteaméri-

ca.

Seguí mi viaje hacia Oruro, apesadumbrado por aquella conversación. En realidad, también tenía dudas y sabía que la euforia de los primeros días pasaría muy pronto. ¡Oruro! Ni siquiera tuve tiempo de mirarla una vez más y volver a asombrarme de sus callejuelas polvorientas. Mis ojos ya no se detuvieron sobre los colores de las innumerables faldas de las cholos, tampoco disfruté como antes de la magia del mercado.

Ahora mis pensamientos evocan aquella ciudad amable, con su plaza de escasa vegetación, cuidada con tanto esmero y bañada de sol. Llena de polvo pero agradable. El polvo sólo desaparecía una vez al año durante el tiempo de las lluvias; para convertirse en un lodo muy difícil de cruzar. El viaje hacia Oruro en esa época era singular: la pampa se convertía en un lago inmenso, repleto de patos salvajes y parinas; y del agua sólo emergían la línea del tren y los postes telegráficos. Lo más atractivo era el mercado. Lleno de vida, allí se daban cita todas las culturas representadas en el país: la europea, la indígena y la criolla, y se entendían con sus propios códigos de oferta y regateo. Para las dueñas de casa era una verdadera aventura sumergirse en medio de aquellos aromas, colores, texturas y sabores. La experiencia de visitar el mercado era casi indescriptible. Una vez a la semana llegaban los productos procedentes de los fértiles valles. Las indias se sentaban en largas filas al lado de su mercadería. Había sacos y grandes canastos; mantos desplegados, bultos cajas y los infaltables lactantes que se confundían en medio de las coloridas ofertas. Apenas se podía caminar entre los angostos pasillos, y los más variados olores penetraban en la conciencia. Algunas fragancias eran agradables, como el olor a tierra, papas, granos y especias. La inigualable frescura de los cítricos se mezclaba con el aroma dulzón de distintos tipos de bananas. Aromáticas eran también las grandes papayas, pero la reina de las fragancias era la piña o ananá. La ofrecían en grandes rodajas y era imposible evitar la tentación de probarlas. Nunca supe el nombre de todas las especias y condimentos que ofrecían un espectáculo único en color y aroma: grandes ramas de canela surgían en medio de cerros de comino; la oscuridad de la pimienta contrastaba con el rojo encendido del pimentón molido. El aspecto artificial de los collares de ají disecado cobraba vida al lado de trenzas de ajo. Hermosas cebollas coloradas daban paso a rubias mazorcas de maíz y tomates lustrosos de un color rojo casi insolente. Luego aparecía el pasillo de los granos y legumbres. Cada vez que se presentaban ante mis ojos aquellos enormes sacos llenos de arroz blanquísimo, porotos de mil colores, pequeñas lentejas escurridizas, trigo fragante, me daban ganas de hundir mis manos en sus profundidades y jugar sin límites con aquellas texturas sensuales. Pero nunca lo hice; mi educación, tan poco permisiva, me lo impedía. Sólo me limité algunas veces a rozar tímidamente la superficie.

No puedo terminar mi descripción del mercado sin mencionar las papas. Eran las dueñas absolutas del lugar; las mejor representadas, las más alimenticias, las más apetecidas. Había al menos diez variedades distintas, y

todas eran deliciosas. Pequeñas y dulces; muy grandes y de sabor tradicional; morenas y sabrosas como cholitas; rojas y aristocráticas; alargadas como sus parientes, las zanahorias, aplanadas como un disco y de sabor sorprendente. Las papas me producían una fascinación extraña: podía permanecer durante largo rato contemplándolas. Muchas de ellas semejaban tener rostro, y sus expresiones eran siempre diferentes.

En el mercado se mezclaban los aromas con otros olores menos agradables. Era imposible no sentir las más diversas emanaciones humanas en medio de aquella multitud. Los indios vivían rodeados e impregnados de olores; no se puede describir a un indio sin mencionarlo. Su contacto con el agua es muy escaso, y no conocen la higiene. Lo que para nuestras narices europeas era insoportable, para ellos parecía ser normal. Con el tiempo me fui acostumbrando a esta realidad y ya no me importaba. La riqueza de los productos ofrecidos y la hermosura de las artesanías superaban con creces la molestia ocasional de algún mal olor. Los indios eran más que artesanos, verdaderos artistas: transformaban los materiales de su tierra en obras maestras. Lana de oveja y de llama se convertía en maravillosos tapices y tejidos. En ellos representaban toda su fauna, además de animales mitológicos y seres fantásticos nacidos de su imaginación. Podían demorar meses en la elaboración de un tapiz: desde la preparación y tintura de las fibras (con colores extraídos de semillas y hojas) hasta la minuciosa tarea de la ejecución. Todo lo hacían en cuclillas, y permanecían horas delante de sus telares. Siempre me llamó la atención que no se les echara a perder la vista con aquella labor tan detallada. También trabajaban el cuero: de sus manos surgían infinidad de objetos o prendas de vestir muy bien terminadas. Y los metales. La riqueza de sus interminables cerros llenos de mineral se reflejaba en aquellos trabajos infinitamente delicados. Desde joyería y adornos para sus atuendos típicos, hasta vasijas, platos y cuadros. Las posibilidades de utilizar la plata y el estaño eran innumerables. Las indias se adornaban sólo con joyas finas: sus característicos mantos eran sujetados por una gran aguja de plata, más bien parecía cuchara, puesto que en su extremo tenía una terminación de forma redondeada, entera labrada con gran maestría. Todas las indias llevaban largos aretes, que colgaban pesadamente de sus orejas. Y sus dedos generalmente estaban repletos de valiosos anillos confeccionados con oro y plata. El metal relucía en medio de la suciedad; no se lavaban las manos con mucha frecuencia. Cuando las dueñas de casa visitaban el mercado, por lo general no volvían a casa sin haber adquirido más de lo que tenían en mente. Era imposible resistir a la tentación de las artesanías. Tampoco yo pude hacerlo y poco a poco fui adornando mi hogar con aquellos objetos regateados en un día de feria.

(Continuará)

* REGINA VOGT BREHM, (1954-
Santiago de Chile). Poeta y
escritora.